

La Dra. Emilia: homenaje a una destacada personalidad de la Pedagogía en Pinar del Río

Autora: Dr. C. Carmen Álvarez Cruz

Centro de procedencia: Universidad de Ciencias Pedagógicas "Rafael María de Mendive"

(Este trabajo ha sido tomado de la Revista PROA publicado en su primer número correspondiente a mayo-agosto de 1994. El mismo fue el Primer Premio del Concurso "Mi Maestro" convocado por la Filial de la Asociación de Pedagogos de Cuba en Pinar del Río en su edición de 1993).

Escucho desde mis 42 años la convocatoria al concurso "Mi Maestro" e inmediatamente recuerdo a Emilia Delgado, la Dra. Emilia o simplemente Emilia.

Escribir, nunca ha sido mi fuerte, pero creo que Emilia lo merece. No pienso en las bases del concurso, solo deseo transmitir un poco de lo mucho que significó y significa Emilia para un importante grupo de pinareños, generaciones completas que tenemos en común en nuestra formación de preuniversitario, a la profesora Emilia.

- ¿Por qué Emilia?

La conocí antes de comenzar el preuniversitario, nuestro profesor de Literatura nos hablaba de ella, todos queríamos conocerla, la invitamos a la escuela un 28 de enero, allí entre risas y anécdotas nos ganó y entonces nos invitó al Pre; ahora lo llaman circuito pedagógico, no sé; tampoco sé el nombre que le daba Emilia, pero disfrutaba conociendo a los que iban a ser sus alumnos, relacionarlos con su futuro inmediato, en fin, de hacer, más que decir.

Desde el primer día, ya en la nueva escuela, Emilia se convirtió en nuestra mejor profesora guía; si, el término es nuevo, lo sé, pero es indiscutible que ella fue la mejor profesora guía de todos los tiempos. En el primer año nos inició en el descubrimiento de Martí, la Cátedra martiana era su refugio y después el nuestro. Ella nos enseñó a amar a Martí y a conocer y trabajar con su obra, lo que agradecemos infinitamente.

Cuando entraba al aula cerraba la puerta con sonrisa cómplice y todos aquellos autores y personajes de la Literatura Universal cobraban la vida que ella sabía darles: Cervantes, Shakespeare, estaban allí, con defectos, con virtudes, más cercanos por la condición de hombres que ella les imprimía. En la clase se olvidaba un poco del programa, lo mismo declamábamos que dramatizábamos y nos acercaba a los Grandes de la Literatura; de manera peculiar introducía anécdotas no olvidadas, como por ejemplo, la preferencia de Lorca por la champola, cosas éstas que no aparecían en ninguna bibliografía. Nos llevó al hombre y al artista con defectos y virtudes, simplemente humanos, aunque no fueran de nuestra preferencia.

Emilia chisporroteaba creatividad, no sé que clasificación es objetiva para los métodos que usaba, si productivos o problemáticos, activos o participativos, pienso que todos éstos y muchos más que aún no han sido nombrados. Eso sí, nos enseñaba a pensar.

En la clase no hubo fraude nunca. ¿Los resultados?, simplemente los mejores, la

promoción más alta. ¿La disciplina?, ¿Cómo podía ser la disciplina de un grupo donde la confianza y el respeto eran los parámetros fundamentales en nuestra interacción?

- ¿Cómo era Emilia?

Pues, justa, exigente, maravillosamente simpática, tierna, comprensiva, muy preparada profesionalmente, revolucionaria, intransigente, consecuente, optimista, en síntesis una Maestra, siempre adelantada a su época; recuerdo como nos caracterizaba con ese tacto increíble de las personas sabias. El primer día de clases se aprendía todos los nombres nuestros, a lo largo de las primeras semanas contaba con un perfil individual de cada uno de sus alumnos, a través de una encuesta de la que nadie se daba cuenta nos preguntaba, color y comida preferida, cualidades que más admirabas, rasgos de las personas de las personas que más rechazabas características de la familia, intereses, habilidades, amor sexo, poesía, otras preferencias. Nos conocía de una forma muy personal. Visitaba nuestras familias y se nos hizo poco a poco imprescindible.

Uno de sus gustos profesionales era usar la Psicología como método, era una verdadera psicoterapeuta, nos sentaba en círculo y allí medio en broma, medio en serio nos ayudaba a jerarquizar los problemas, aclarar las ideas, buscar las mejores soluciones en esa edad tan difícil y tan poco entendida de la adolescencia y temprana juventud. Fue también, la mejor activista de la UJC y de la UES (Unión de Estudiantes Secundarios); teníamos un boletín político-cultural e informativo, para el cual nos asesoraba, a la vez que nos criticaba y estimulaba. Nunca hizo lo que creía que nosotros podíamos hacer, nos enseñaba; recuerdo que se burlaba cariñosamente ante los disparates y seguía con su valioso método de hacernos pensar.

Con ella aprendimos a investigar, lo hicimos sobre Pinar del Río (el cual adoraba), de nuestra historia, flora, fauna, tradiciones, folclor, etc.

El himno de Pinar del Río era una de sus músicas preferidas; al ingresar en la Universidad yo lo cantaba en los trabajos voluntarios y a toda voz en el surco, mis compañeros se reían, pero al desconocer el de sus provincias, terminaban aprendiéndose el nuestro. Yo me sentía realizada como pinareña, allí también estaba Emilia.

Fue, junto a nosotros, pionera en las movilizaciones de 45 días al campo, se unía a la brigada más lenta, los padres depositaban su confianza en ella.

Para la Dra. Emilia, cualquier motivo era bueno para celebrar. En su casa de Yagruma se guardan tantos recuerdos; una fiesta, un brindis, una copita de guayabita dulce o seca, muchas sonrisas. Las pequeñas fiestas en su casa devinieron tertulias hasta hace muy poco.

Ella era la profesora más activa en nuestra preparación profesional. Para los que les gustaba la medicina, buscaba a un exalumno que se reunía con los interesados y evacuaba las dudas e inquietudes. Si el interés era por la ingeniería, pues procedía de igual modo. A mí me presentó a su sobrino psicólogo y terminé estudiando psicología. Creo que Emilia trataba de reflejarse en cada uno de nosotros, nos modelaba, nos enseñaba; ella se realizaba y nosotros aprendíamos además a vivir. Tan adentro penetró que fue durante muchos años nuestro "Pepe Grillo".

En ocasiones nos invitaba a comer a su casa y nos sorprendía con los platos preferidos. ¿No era esto vivir en función de sus alumnos?, ¿Puede olvidarse esto alguna vez?

Quiero contar dos ideas que protagonizó la maestra Emilia y que nos ayudó mucho en nuestra formación moral: los viernes culturales y el grupo de teatro Garard Philip.

En una de sus conversaciones informales, un día de esos donde los ojos le brillaban y sonreía de lado a lado, nos dijo: ¿Qué les parece hacer una vez a la semana algo así como un día de buena cultura, con música, teatro, debates, poesía, mesas redondas de crítica literaria? Podemos empezar invitando a periodistas, músicos, plásticos y el resto lo ponen ustedes. Esa idea nos llenó de entusiasmo y se extendió a los demás profesores y también a la familia.

Comenzamos los preparativos, seleccionamos los viernes y lo bautizamos como "viernes cultural", en la sala de proyecciones del último piso, con sillas y piano, elaboramos el primer programa. La curiosidad garantizó la primera cita, la calidad el resto; no hubo recordatorios. La cita con Emilia era el viernes. Allí nos descubríamos unos a los otros, pequeños talentos en piano, declamación, teatro, etc., que no conocíamos pero Emilia sí; ella fue capaz una vez más de poner a flote lo mejor de cada uno de nosotros. La familia se asombraba de ver a su hijo recitando decían algunos: "pero si en la casa apenas habla". Satisfacción era lo que sentíamos todos. Viernes de fantasía con tan poco y ¡que saldo!

Paralelo a esto se creó el grupo de teatro; Emilia misma hacía las pruebas, ella las inventaba: pruebas de dicción, imaginación, postura y porte, imitaciones, etc. Clasificaban todos los que tenían interés, ella no marginó a nadie, "el actor necesita un doble" decía.

El grupo crecía y eso nos encantaba. Ya en la segunda parte de la clasificación nos entregaba una obra, nos repartíamos los personajes, siempre los protagónicos, hasta que ella con una dulzura de las madres que saben serlo, nos convencía de que el papel nuestro debía ser otro. Una vez definido el personaje a interpretar, nos llevaba a su época: como comía, cómo caminaba, qué perfume usaba, qué ropa, cómo debía abrir y usar la sombrilla, etc. Después a escena.

El primer autor que interpretamos fue Ibsen, con casa de Muñecas, -que manera de gustarle el papel de Nora- sobre todo cuando decía a su marido: "síntate Torvaldo, tenemos que hablar". Emilia siempre fue una defensora de primera línea de los derechos de la mujer, los debates antimachistas los aprovechaba muy bien, trabajaba la mentalidad de los varones y de las niñas, coloreaba de humor los debates, algún varón troglodita decía: "pues yo no admito que Nora se vaya y deje a sus hijos...", la profesora sonreía y nos dejaba hablar, por abrumadora mayoría el varón era convencido, nunca vencido, pues ella no lo permitía.

Nos hacía anécdotas de los estrenos de las obras, los chismes, la aceptación o no del público. Era un modo muy atractivo de aprender, era un magistral método de enseñar.

Todo este trabajo, nos motivó a participar activamente en los festivales culturales, nuestro grupo era siempre ganador y lo lográbamos por ella. No piensen que es un mito, es solo muna pálida descripción de la tremenda realidad que nos hizo vivir la Dra. Emilia.

La última obra que llevamos a escena fue "La Zapatera Prodigiosa" de Federico García Lorca. La profesora fue con nosotros al Festival Nacional en Camaguey, la noche de estreno y de stress Emilia sufría junto a nosotros. Al obtener el premio ella, entre bastidores y muy emocionada, juntaba las manos. Le entregamos el gallardete firmado por todo el grupo. Aun lo conserva.

- Una despedida solo transitoria.

En su casa, llena de recuerdos para ella y nosotros, guarda con mucho amor poesías de sus alumnos, pequeños objetos artesanales, plantas, "La mujer azul" nombre que le dio a un cuadro que Oliva le regaló, libros dedicados, besos, risas, ternura de jóvenes y como Luís y Sergio Saíz, guarda su pasado y su presente.

Emilia trasciende mi época de estudiante de preuniversitario. Fue madrina de mi boda, fue amiga de mi familia, fue y es admirada por mi hija.

Nunca la escuché quejarse, debió sentirse mal en algún momento, pero jamás dejó de sonreír.

Allí, en su pequeño balcón de Yagruma, Emilia sigue tejiendo recuerdos: allí la visitamos nosotros, nuestros hijos. Hace poco le fue entregado el Escudo de Pinar del Río, lo merecía tanto y lo aceptó con esa modestia de grande.

Todavía la visito, pero tengo miedo un día no encontrarla más, aunque supo también prepararnos para la muerte: "la vida tiene un inicio y un fin, lo demás es poesía".

Quizás escribo para no perderla, para que se multipliquen las Emilias. Gracias una vez más mi pequeña profesora, maestra, gracias por tu amor y tu confianza en nosotros. Gracias compañera, amiga.